

Luis D. Cruz Ocampo

Carlos Préndez Saldías.—Amaneció Nevando



SIEMPRE fué difícil escribir con claridad; pero hoy no solo es difícil sino que es casi heroico. Efectivamente, quien se atreva ahora a escribir poesías en un lenguaje natural, en que las palabras sirvan para el viejo oficio de comunicar ideas o describir sensaciones, se expone al desprecio de las nuevas generaciones que, con una inconsciencia digna de mejor causa, están empeñadas en escribir libros de lectura para los hombres del año tres mil. Solo por una rebeldía propia de un espíritu obstinado, puede darse el caso de que alguien se decida a escribir un libro lleno de claridad y sencillez cuando pudo, sin esfuerzo, escribir una obra ininteligible, y por lo tanto indiscutiblemente genial.

Carlos Préndez Saldías, al escribir «Amaneció Nevando» se ha cerrado voluntariamente el camino que le habría llevado a ser genio dentro de once siglos. Ha preferido ser un poeta para los hombres de hoy, hablándoles un idioma que ellos pueden entender. Acaso sea preciso agradecérselo, pues la humanidad actual no tendrá dentro de poco quien cante sus angustias y sus alegrías, sus amores y sus odios. En verdad, casi todos los poetas cantan hoy para ser entendidos por generaciones que todavía flotan en estado gaseoso en el espacio. De aquí que el lenguaje que ellos usan nos parezca con frecuencia absurdo y siempre extraño. Pero es seguro que será perfectamente claro para aquellos hombres lejanos a quienes va dirigido. No cabe pensar que los poetas se equivoquen en este punto, y que al final resulte que también sus versos sean ininteligibles dentro de una docena de siglos. Por medio de la intuición conocen ellos perfectamente todos los idiomas que se van a usar en esa época. No pensemos tampoco, por ahora, en el desagrado que van a tener aquellos hombres cuando se impongan de que lo que ellos están sintiendo en esos momentos había sido ya revelado y previsto escrupulosamente por cualquier estudiante del tercer año de Humanidades de nuestro tiempo. Pero, vuelvo otra vez al poeta que con inquebrantable resolución continúa narrándonos en un lenguaje sencillo las secretas angustias de su espíritu.

Quien haya conocido la obra anterior de Carlos Préndez Saldías no podrá menos que experimentar una grata sorpresa con la lectura de «Amaneció Nevando». Desde su último libro publicado hace dos años, ha hecho el poeta un camino considerable en lo que se refiere a la precisión y vigor de las imágenes que le sirven para revelar los hallazgos de su sensibilidad. Tal progreso se ha realizado sin cambiar nada del aspecto exterior o formal de sus versos. Su lenguaje es el mismo de antes; su tono es también idéntico, acaso solo con una tristeza un poco más reposada; pero el hombre que ahora nos habla tiene el

espíritu enriquecido con vastas experiencias sentimentales. Debo confesar que al iniciar la lectura de esta obra tenía el temor de encontrarme con poemas descoloridos, de imágenes débiles y con versos de aquellos a los cuales no se les puede, en realidad, decir nada, pero que tampoco ellos dicen cosa alguna al lector. Sin embargo, desde la composición que inicia la obra se siente bajo la placidez trasparente del verso la corriente sutil de una emoción vivificadora. Esa breve composición titulada «Amaneció Nevando», que da su nombre al libro, presenta una feliz asociación entre el amanecer nevado y el estado espiritual del poeta. El autor describe con acierto el aspecto de esa mañana. El valle—dice—tiene la sombra de un atardecer con lluvia». Estos dos versos bastan para dar al paisaje su colorido completo y definitivo. Luego el poeta le identifica con ciertos momentos de angustia en que el espíritu, lentamente, se va hundiendo cada vez más en doloroso sopor, como el paisaje que va perdiendo sus contornos precisos bajo la silenciosa nevazón.

Una temporada en un rincón solitario, al pie de altas montañas nevadas, ha dado un nuevo temple al espíritu del poeta; y vuelve a la ciudad «con los ojos asombrados de la prodigiosa visión de los horizontes nevados como si hubiera visto a Dios». Allá, lejos, quedaron todos los afanes que hicieron de él un prisionero en la ciudad, donde el espíritu humano se ahoga en el humo de todas las vanidades. De aquello—dice—«apenas si le queda un amor». Pero es un amor cuyas resonancias llenan la obra entera del poeta. Efectivamente, si a veces interesan a Préndez Saldías otros asuntos es para referirlos a esta pasión. Y, sin embargo, estas estrofas en las que directa o indirectamente solo se oye el ritmo monocorde del amor están lejos de producir en el ánimo una impresión de fatiga. Y es más de admirar esta circunstancia, si se tiene en cuenta que el amor tiene también en Préndez Saldías un tono único de suave, benévola y serena melancolía. Su amor al reflejarse en las cosas le devuelve siempre la misma luz pálida y un poco romántica.

La evolución o desarrollo de la sensibilidad de Préndez Saldías no se manifiesta solamente en la forma más intensa que trata su tema preferido, sino que se revela también en la aparición de nuevos motivos sentimentales en sus poesías. Puede decirse que en su obra anterior el paisaje, por ejemplo, no existe porque tiene apenas una importancia secundaria y decorativa. Ahora presenta tres composiciones, «Siesta» y «Los Sonetos del Campo», que pueden considerarse como otros tantos aciertos de descripción. El estilo sobrio y desnudo de todo adorno parece convenir expresamente a la descripción de ese paisaje reverberante que se pinta en uno de «Los Sonetos del Campo».

«¡Una brasa la campiña!
Quema tanto su verdor
como una boca de niña
que no ha mordido el amor
Las hileras de la viña,
en su andar de caracol,

van a que el río las ciña
y les quite algo de sol.
El viejo rancho pajizo,
casi ardiendo, ve el hechizo
del agua pasar veloz.
Y hasta un caminito blanco
baja corriendo al barranco
para esconderse del sol».

Del mismo modo, trata también algunos asuntos de naturaleza más general. «La Canción del río» encierra, acaso un bello símbolo. Nace el agua, clara y limpia, en la altura, y baja cantando haciendo vibrar con su alegría los árboles ríscos; luego entra en el valle donde viven los hombres; y el agua alegre pierde su cantar, «como si del agua se fuera el amor»; y, en vez de cantar, sigue el agua, sollozando, su camino hacia el mar. En otras ocasiones la proyección sentimental del poeta hacia los objetos exteriores tiene una fuerza singular. Entonces la naturaleza entera parece participar del mismo estado espiritual. Así, por ejemplo, en «Mi voz en la Noche» el poeta se muestra libre de todos los afanes que le han torturado; su espíritu se ha aligerado de todos los fardos que le impuso el dolor. En este estado anímico, la naturaleza se hace también liviana para el poeta y puede decir:

«Y la montaña me parece
que en esta noche toda oscura
en un vuelo se desvanece...»

Pero puede apreciarse todavía de una manera más clara y directa todo el camino que ha hecho Carlos Préndez Saldías desde su obra «El Alma en los Cristales» hasta «Amaneció Nevando». Basta para ello comparar «Niña de cara morena» de esta última con «Balada Montañesa» de la primera. La semejanza o paralelismo en los asuntos de ambos trabajos poéticos favorece el estudio comparativo de las formas de expresión usadas en uno y otro caso, y que revelan diferentes grados de sensibilidad o, por lo menos, diferentes grados de dominio sobre los medios destinados a traducir las sensaciones. Igualmente pueden ser comparadas, con mucha utilidad las composiciones «Por todos los caminos» de «El Alma en los Cristales» con «En la Montaña» de «Amaneció Nevando»; y por fin los dos trabajos que con el título de «In Memoriam» aparecen en cada una de las obras referidas.

Los resultados de estas comparaciones no hacen sino confirmar la impresión general que deja la lectura de «Amaneció Nevando» y que hace considerarla como un evidente progreso en la labor artística del autor.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.